

de la resignacion cristiana con que él soportaba la muerte de la hermosa y virtuosísima emperatriz (1).

El ilustre primado que habia celebrado los desposorios y celebró tambien los funerales de la malograda princesa, el escelente cardenal Tabera (agosto, 1545), docto prelado y sabio consejero, tardó poco en seguir al sepulcro á la misma á quien acababa de hacer las honras fúnebres. El sentimiento que produjo en el príncipe la muerte del cardenal se templó pronto con la acertada eleccion que el emperador su padre hizo en la persona de su maestro y preceptor don Juan Martínez Siliceo, obispo de Cartagena, para que reemplazara á Tabera en la silla primada de Toledo (23 de octubre, 1545).

Según don Felipe gobernando el reino con mas prudencia que la que de su corta edad hubiera podido esperarse. Y bien necesitaba tenerla propia, porque si hasta entonces habia podido guiarse por la direccion y consejo del primer secretario del César Francisco de los Cobos, tambien le faltó este buen consejero (mayo, 1547), que tanto tiempo habia obtenido la confianza del emperador, é intervenido en sus mas delicados y secretos negocios, y á quien por lo mismo habia encomendado la direccion del prínci-

(1) Bueno y loable era que el padre escribiese á su hijo exhortándole á la conformidad cristiana. Por lo demas el emperador buscaba entonces otra clase de consuelos á su pena por la muerte de su esposa, puesto que en aquel tiempo andaba en amorosas relaciones con Bárbara Blomberg, de que resultó el nacimiento de don Juan de Austria, de quien tantas ocasiones tendremos de hablar.

pe en la gobernacion del Estado durante su ausencia (1). Como regente, y en virtud de los poderes que en 1542 le habian sido conferidos, presidió Felipe las Córtes generales de los tres reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, que el emperador desde Bohemia habia convocado para la villa de Monzon, con objeto de suplicar á los reinos le anticiparan el servicio en atencion á los grandes gastos que le habian ocasionado las guerras de Italia y Alemania y la celebracion del concilio de Trento en que estaba entendiendo. Las Córtes aragonesas presididas por el príncipe regente votaron sumisas y sin oposicion un subsidio de doscientas mil libras jaquesas pagaderas en tres años, y otorgaron ademas espontáneamente un servicio extraordinario de veinte y cinco mil libras al príncipe (de julio á diciembre, 1547). Pidiéronle en las que el oficio de justicia mayor del reino no se pudiera renunciar, y á propuesta de don Fernando de Aragon, arzobispo de Zaragoza, se acordó en estas Córtes que hubiera un historiador ó cronista de las cosas de Aragon, nombrado por los diputados del reino; felicísima providencia, una de las que mas han honrado y fomentado las letras españolas, y á que debió el reino

(1) Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon y duque de Sabote, primer secretario de Carlos V., estaba enlazado con la mas ilustre nobleza de Aragon y de Castilla, y estuvo casado con doña Maria de Mendoza, hija del adelantado de Galicia. Este año perdió tambien el emperador otro de sus mas antiguos y fieles secretarios, Alonso de Idiaquez, que murió asesinado en Alemania al pasar el Elba.

aragonés la sucesion de los doctos y distinguidos escritores que han ilustrado su historia (1).

A este tiempo, vencedor Carlos V. de la confederacion protestante de Alemania, y trabajando por hacer aceptar á todos los príncipes imperiales el concilio de Trento, enfermó, como en otro lugar dijimos, en la ciudad de Augsburgo; y viéndose con tan quebrantada salud y señor de tantos y tan dilatados dominios, precaviendo lo que podria suceder, quiso que el príncipe su hijo viera por sí mismo y conociera aquellos estados que un dia habria de heredar y regir, y que al propio tiempo le conocieran á él y le tratáran sus naturales. Al efecto, por medio del duque de Alba y de Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, á quien Felipe habia enviado para felicitar á su padre por sus triunfos contra los hereges de Alemania, llamó á su hijo con objeto de hacerle reconocer primeramente como heredero y sucesor en sus estados patrimoniales de Flandes y Brabante. Y como acababa de concertar el matrimonio de su hija María con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano Fernando, rey de Romanos, determinó que Maximiliano viniese á España, y que estos príncipes

(1) Si loable fué la providencia, la eleccion no pudo ser mas acertada, y gloria perpétua será de aquel reino el haber nombrado para cargo tan difícil y honroso al doctísimo Gerónimo de Zurita, una de las mas fulgentes lumbreras de nuestra historia, tan justamente respetado de propios y extraños, y cuyos anales tantas veces hemos citado y nos hemos complacido en elogiar.—Cuadernos de Cortes de Aragon, existentes en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Panzano, Anales de Aragon, lib. II, cap. 7.

quedáran gobernando los reinos de Castilla y Aragon durante la ausencia de Felipe, y así lo escribió en una larga y razonada carta á las ciudades, prelados y grandes de ambos reinos.

Deseoso el emperador de que antes de salir Felipe de España conociera el estado de los negocios públicos y su modo de pensar en cada uno de ellos, le envió por el mismo duque de Alba una larga *Instrucion* de todo lo que deberia hacer, proveer y procurar para el caso en que él falleciese, en todos los ramos y materias y en todos los asuntos que á la sazón se hallaban pendientes en sus dominios y en todas las naciones de Europa. Este importantísimo documento era al propio tiempo un testamento político, una recapitulacion de avisos y consejos de buen gobierno, una exposicion y reseña general de la situacion política de todas las naciones, y de las relaciones de España y del imperio con cada una de ellas, y el pensamiento y sistema del emperador sobre las cuestiones que entonces se agitaban en el mundo, su conducta en lo pasado y los planes que deseaba se siguiesen en lo futuro. Pocas veces se presenta en la historia un documento que derrame tanta luz y represente tan al vivo el cuadro de una época, y en que se revele mas originalmente el pensamiento y el carácter del hombre que figura en él en primer término.

Recomendábale primeramente la defensa y mantenimiento de la fé en todos sus reinos, estados y se-

ñoríos; la prosecucion del concilio que él habia congregado con tanto trabajo y dispendios para la estincion de las heregias de Alemania; el acatamiento y respeto que debia mostrar á la Santa Sede, y la provision de las prebendas y beneficios eclesiásticos en personas de letras, esperiencia y buenas costumbres.—Aconsejábale muy encarecidamente la paz, representándole lo cansados y trabajados que estaban sus pueblos con las pasadas guerras que él se habia visto forzado á sostener, y los gastos y empeños que por ellas habia contraido, pintándole la guerra como la cosa peor del mundo.—Procediendo á instruirle de cómo habia de manejarse con cada uno de los soberanos, le exhortaba á que pusiera la mayor amistad y confianza en su tio don Fernando, rey de Romanos, que tanto le habia ayudado en la pacificacion de la Alemania.—Advertíale de lo apurados, y aun exhaustos que tenia de dinero sus reinos y señoríos, y le encargaba que escusára todo lo posible pedirles mas, como no fuera necesario para conservar los estados y tierras de Flandes.—Ordenábale que guardára la tregua que habia ajustado con el turco: «porque es razon que lo que he tratado y tratáreis se guarde de buena fé con todos, sean infieles ú otros, y es lo que conviene á los que reinan y á todos los buenos:» y tambien para no dar ocasion al francés para inquietar otra vez la cristiandad como antes lo habia hecho.—Que procurára estar en buena amistad con los prin-

cipes electores del imperio; pero advirtiéndole que si necesita sacar gente de guerra en Alemania, lo haga con dinero en mano y pagándola bien, «porque los de acá, decia, quieren precisamente ser pagados.»—Lo mismo le advertia respecto á los suizos, á quienes debia mostrar buena voluntad y aficion, pero tratándolos bien y no dejando de pagarles á sus plazos.

En cuanto al papa, quejábale de lo mal que con él se habia portado y cumplido, de la poca voluntad que mostraba á las cosas públicas de la cristiandad, y en especial á lo de la celebracion del concilio, no obstante que con la esperanza de atraerle habia casado á su hija Margarita con el duque Octavio, nieto del pontífice; pero con todo esto le rogaba, «que teniendo mas respeto al lugar y dignidad que el dicho papa tiene que á sus obras;» le guardára el debido acatamiento.—Respecto á lo ocurrido en Plasencia, sentia la muerte del hijo del papa, pero aprobaba lo que Fernando de Gonzaga habia hecho en nombre del emperador y como ministro del imperio. Le prevenia que muerto aquel pontífice, «que ya es cargado de años,» trabajára por que se hiciese una buena eleccion, conforme á las instrucciones que ya tenia su embajador en Roma: y que las tres principales cuestiones que con el papa mediaban, á saber: la soberanía de Sicilia, el feudo de Nápoles y la pragmática hecha en Castilla, las tratára con la sumision y acatamiento de un buen hijo de la Iglesia, «pero de

manera que no se haga ni intente cosa perjudicial á las preeminencias reales, y comun bien y quietud de nuestros reinos y señoríos.»—Que guardára la liga y tratado que tenia hecho con Venecia por lo que tocaba á los reinos de Nápoles y Sicilia, y á los estados de Milan y Plasencia.—Le recomendaba al duque de Florencia, Cosme de Médicis, que se habia conducido bien y mostrádose siempre aficionado y devoto al emperador.—Que estuviera sobre aviso en cuanto al duque de Ferrara, pues si bien le estaba muy obligado, tenia deudo con Francia y era inclinado á aquella parte, por lo cual convenia «mirar sus andamientos.»—Que del duque de Mantua podia tener confianza, como él la tenia.—Que cuidára de conservar en su devocion á Génova, por lo que importaba á la seguridad de toda Italia y de las Baleares, y que confiaba en que asi sucederia, porque los genoveses debian mucho á su hermano, y la proteccion de su libertad al imperio.—Que lo mismo esperaba de las repúblicas de Siena y Luca, siempre aficionadísimas á la persona del emperador, porque asi les convenia para conservar sus libertades, á las cuales por lo tanto debia favorecer.—Que al conde Galeote que estaba escluido de la concordia, y por quien muchos intercedian para que le perdonase, seria bueno tenerle asi, «por que se habia metido muy adelante con Francia, y no podia haber confianza de él.»

Atendida la mala voluntad y comportamiento

que con él habian tenido siempre los reyes de Francia padre é hijo, Francisco y Enrique, le mandaba espresamente que no alojára nunca en lo de las renunciaciones que aquellos habian hecho de los estados de Nápoles, Sicilia, Flandes, Artois, Tournay y Milan, conforme á los tratados de Madrid y Cambray; que jamás cediera en esto, «porque todo lo he adquirido, decia, y vendrá y pertenecerá con buen derecho y sobrada razon...» «Y la esperiencia ha mostrado que estos reyes, padre é hijo y sus pasados, han querido usurpar de continuo de sus vecinos, y donde han podido, usadó' de no guardar tratado alguno, señaladamente conmigo y nuestros pasados.»—Que si pensasen mover la guerra en Italia, tienan bien fortificado á Milan, «y se podrá defender del primer ímpetu, que es lo que mas se debe temer de franceses.» Que si quisieren pasar á Napoles, tienen que dejar atrás á Milan, y Nápoles tambien está fortificado. Que lo están igualmente Mesina y Palermo en Sicilia, «y resistiendo el primer ímpetu, como dicho es, los franceses despues vienen á perder el ánimo, segun la esperiencia siempre lo ha mostrado alli y en todas partes.»—Que evite cuanto pueda dar ocasion de rompimiento ni al papa ni á venecianos, aunque cree que ellos se mirarán en hacerle guerra con Francia, porque saben lo poco que de ella pueden fiar, y que España puede enviar socorros de gente por mar cuando quiera con ayuda del rey de Romanos.—Que

en Nápoles no quieren á los franceses, y aquel reino gobernado con justicia, puede dar buenos y fieles vasallos á España.

Que le convendrá tener siempre alguna gente española en Italia, que será el mejor freno, pero cuidando de que esté bien disciplinada, y que no dé ocasion con sus excesos á desesperacion y rompimiento.—Que tenga bien apercebidas las fronteras de Navarra y Perpiñan, pues en quanto á Flandes no hay que temer una invasion de franceses por el momento.—Que no deje de entretener las galeras de España, de Nápoles, de Sicilia, y aun de Génova, pues aunque el gasto sea grande, es bueno prevenir lo que podria suceder en mayor daño, mientras no haya una completa seguridad de Francia del turco.—Que para el ducado de Borgoña, que es el más apartado, se favorezca la liga hereditaria que la casa de Austria tiene con Suiza, en la cual está comprendido dicho estado. Que aunque no piensa romper la paz por él, no olvide que es propio y verdadero patrimonio suyo.

Que observe si los franceses envian alguna armada á Indias, á la disimulada ó de otra manera; que avise á los gobernadores de aquellas partes para que les resistan, y que al efecto se ponga en buena inteligencia con Portugal.—Que en manera alguna haga concierto con el rey de Francia de dar ni quitar cosa alguna de lo que tiene y le pertenece, «sino estar constante y guardarlo todo, y siempre sobre aviso,

sin fiaros en pláticas de paz, ni palabras de amistad, y teniendo continua advertencia de fortificar y proveer lo que pudiéredes en todas partes, etc.»—Disculpase de la poca proteccion que da á los duques de Saboya, padre é hijo, para ayudarlos á recobrar lo que los franceses les tenian usurpado, y advierte al príncipe que se mire mucho en ello, aunque por eso no deje de tenerlos por amigos.

Que cuide mucho de entretener amistad con los ingleses y de que se guarden los tratados hechos con el difunto rey; «porque esto importa á todos los reinos y señoríos que yo os dejaré, y será tambien para tener suspensos á los franceses, los cuales tienen muchas querellas con los dichos ingleses, asi por lo de Boloña como de las pensiones y deudas, y se teme por difícil que puedan guardar amistad entre ellos que dure.»—En quanto á los escoceses, que concierte con ellos solamente en lo relativo á navegacion y contratacion.—Que mantenga el tratado hecho con el rey de Dinamarca, y se conduzca con él de manera que no vuelva á hacer daño á los estados de Flandes, como otras veces.—Previénele que ponga buenos vi-reyes y gobernadores, asi en los estados de Europa como en los de Indias, vigilando que no traspasen sus atribuciones ni usurpen mas autoridad de la que se les diere y deben tener, y le hace advertencias saludables sobre el repartimiento de los indios.

Le aconseja que se vuelva á casar, porque los hi-

jos de los reyes y príncipes suelen afirmar el afecto de los vasallos. Vuelve á inclinarse, como ya otra vez lo quiso, á que prefiera la hija del rey de Francia, para asegurar los tratados y alcanzar la restitucion de lo del duque de Saboya; ó bien á la princesa de Albret, á fin de obtener la renuncia de sus pretensiones á Navarra. Y en caso de no poderse hacer ninguno de estos casamientos, le proponia la hija de su hermana la reina viuda de Francia, ó la de su hermano el rey de Romanos.—Le anunciaba como conveniente el matrimonio de su hija mayor doña María con el príncipe Maximiliano de Austria, hijo de don Fernando; le aconsejaba hiciese por efectuar el de la infanta doña Juana, su hija menor, con el príncipe don Juan de Portugal; y concluia ponderando el cariño que siempre le habian mostrado sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, y rogando á su hijo las amára y favoreciera cuanto le fuese posible ⁽¹⁾. La Instruccion estaba fechada en Augsburgo á 19 de enero de 1548.

En este notable documento se ve simultáneamente la multitud de negocios de interés general que bullian en la cabeza de Carlos V., su influjo y participacion en los asuntos de todas las naciones, la atencion que á todos y á cada uno de ellos prestaba, y la idea

(1) No hemos insertado el documento íntegro por ser demasiado extenso. Sandoval le trae en el libro XXX de su historia, pero nos parece mas exacto el que se halla en el tomo III de los *Papeles de Estado* del cardenal Granvela, pag. 267 y sig.

que tenia de la capacidad del príncipe su hijo, cuando á la edad de veinte y un años le confiaba todos sus pensamientos y sus planes políticos y le llamaba para encomendarle su continuacion y ejecucion para el caso en que él falleciese.

Para anunciar su partida en obediencia al llamamiento de su padre, congregó el príncipe don Felipe las Córtes de Castilla en Valladolid, Córtes á que no asistian ya, como en otro lugar hemos indicado, sino los procuradores de las ciudades, ó sea el estado llano, y que por cierto, recibieron con mas disgusto que placer la comunicacion del llamamiento del padre y la resolucion del hijo, porque Castilla, como observa un antiguo y grave escritor, siempre lleva mal las ausencias de sus príncipes. Con desagrado se vio tambien en Castilla que la casa del príncipe heredero se montára á estilo de Borgoña (15 de agosto), segun instrucciones que el duque de Alba habia traído del emperador, en lo cual veian los castellanos una desautorizacion y como menosprecio de las antiguas costumbres á que ellos eran tan apegados.

Como los príncipes Maximiliano y María habian de quedar gobernando el reino durante la ausencia de Felipe, tuvo éste que suspender su viage hasta la venida de Maximiliano á España y la celebracion de sus bodas. Dilatóse aquella mas de lo que se habia pensado, y tan pronto como llegó se celebró el casamiento en Valladolid (17 de setiembre), desplegando

el condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, encargado de estas bodas, una magnificencia que dejó altamente complacido al príncipe alemán. Dió Felipe posesion del gobierno de España á los nuevos consortes sus hermanos, y á las dos semanas partió de Valladolid (1.^o de octubre) camino de Flandes, llevando consigo al duque de Alba, su mayordomo mayor, al caballero mayor don Antonio de Toledo, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al duque de Sessa, al conde de Olivares, y á varios otros grandes, gentiles hombres y oficiales de su casa, recién nombrados cuando la puso á la borgoñona. Desde Zaragoza se dirigió al célebre monasterio de Monserrate á que tenia particular devocion, y donde se detuvo á confesar y comulgar. De allí pasó á Barcelona y Rosas para embarcarse (19 de octubre). Habian sido enviados por el emperador para recibirle y conducirle el marqués de Pescara, hijo de el del Vasto, el príncipe Doria con la armada de Génova, y don García de Toledo con las galeras de Nápoles.

Dióse, pues, á la vela el príncipe Felipe con toda su brillante comitiva. A pocos soberanos de la tierra les habrán sido consagrados tan suntuosos festejos, tan espléndidos y magníficos regocijos como los que se hicieron al príncipe español, en Génova, en Milan, en Mantua, en Trento, en Inspruck, en todos los pueblos de Italia, de Alemania y de Flandes que atravesó en esta marcha. Príncipes y princesas, embajadores de

todos los estados, corporaciones, personages, damas y pueblo, todos á porfia festejaban y agasajaban con todo género de fiestas y espectáculos al heredero de Carlos V. Volúmenes enteros se han escrito para describir los obsequios que se tributaron á Felipe en este viage ⁽¹⁾. La ciudad de Milan le hizo primeramente un donativo de veinte mil escudos, y despues otro de cien mil á nombre de todo el estado. Tambien él por su parte quiso mostrarse espléndido y generoso, y á la princesa de Ascoli que le habia obsequiado con un lujosísimo baile en que las damas milanesas ostentaron todas sus galas, le regaló un diamante de cinco mil ducados, un collar de rubíes, perlas y diamantes de valor de tres mil ducados para su hija, y otro diamante de mil quinientos para la duquesa hijastra de aquella princesa. Mas queriendo al propio tiempo mostrarse piadoso y devoto, hizo donaciones á muchas iglesias, y en especial á la de Nuestra Señora de Monferrato le dió en tres veces hasta veinte y cinco mil escudos, ademas de quince mil ducados que gastó en ornamentos para el templo.

Cuando llegó á Bruselas, donde ya entonces se hallaba el emperador, el resplandor de las antorchas habia desterrado y como suprimido la noche en que hizo su entrada. Esperábanle alli sus dos tias las rei-

(1) Calvete y Estrella, Viage de Felipe II. á Flandes.—Del camino del príncipe don Felipe de España á Flandes en 1548, por Vicente Alvarez.—Leti, Vita di Filippo II. part. prima, lib. IX.

nas viudas de Hungría y de Francia, las cuales le presentaron á su padre, dando lugar á una tierna y afectuosa escena de familia. Congregados por el emperador los estados de Flandes, todos á propuesta del César se conformaron en reconocer y jurar al príncipe Felipe de España por heredero y sucesor de aquellos estados y señoríos (1549). Las fiestas con que se celebró este solemne acto en Bruselas no fueron menos suntuosas que las que le habian dedicado en su tránsito á aquella ciudad. Llevado fué despues como en triunfo por el emperador y la reina gobernadora de los Países Bajos, su hermana, por casi todas las ciudades de Flandes y Brabante, de Namur y del Luxemburgo, recibiendo el homenaje de los que habian de ser sus vasallos, pasando continuamente por debajo de arcos triunfales, y compitiendo cada poblacion en el lujo y la suntuosidad de las fiestas (de julio á octubre de 1549), y aun á su regreso á Bruselas hubieran continuado, si no las hiciera suspender el ataque de gota que molestó otra vez al emperador, y la nueva que llegó de la muerte del papa Paulo III. (1).

En medio de esta exterior y al parecer general alegría, observábase siempre una figura grave y severa, que á pesar de su juventud mostraba cierta austeridad sombría que formaba contraste con los rego-

(1) Herceus, Annal. Brabant.—Herrera, en la General del Mundo. — Estrella, Viage de Felipe II.—Letti, Vita.—Sandoval, lib. XXX.—Campana, Vida de id.

cijos públicos de que era objeto. Esta figura era el príncipe Felipe, que con su carácter tétrico y adusto, con no hablar el idioma flamenco, con vestir y vivir á la española, y con las preferencias que daba á los personajes y á las costumbres de España, se hizo desagradable á los flamencos, y dió ocasion y origen á aquella antipatía que habia de manifestarse despues con funestas demostraciones de aborrecimiento. De modo, que por causas semejantes vino á producir el hijo en los Países Bajos la misma desfavorable impresion que treinta años antes habia producido su padre en España.

Permaneció Felipe en Bruselas todo el tiempo que detuvo allí al emperador la falta de salud. En este intermedio él y los caballeros de la corte quisieron solemnizar el quinquagésimo aniversario del nacimiento de su padre, y hubo una fiesta real muy vistosa (24 de febrero, 1550), en que justaron á competencia españoles y flamencos. Por cierto que ensayando Felipe las armas para entrar en la liza, estuvo muy en peligro su vida, porque el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens le dió tan récio golpe de lanza en la cabeza, que le dejó sin sentido. Por fortuna el príncipe volvió pronto en sí, y al ver que no habia recibido lesion alguna, salieron todos del cuidado en que tan disgustoso suceso los habia puesto. Al fin, cuando el emperador pudo partir á la dieta de Augsburgo (31 de mayo, 1550), llevó tambien consigo á

Felipe, el cual fué poco menos agasajado en Alemania que lo habia sido en Italia y en Flandes, bien que tampoco fuera mas favorable la impresion que su carácter despegado hiciera en las ciudades del imperio. Asi fué que habiendo Cárlos significado en la dieta su deseo y proyecto de transmitir en herencia á su hijo los estados imperiales, no obstante el paso avanzado que veinte años hacía habia dado, haciendo conferir á su hermano Fernando la dignidad de rey de Romanos, no solo halló oposicion en Fernando á renunciar la sucesion al trono imperial, por mas que á ello le instára la reina de Hungría, que con solo ese objeto habia ido á Augsburgo, sino tambien en los alemanes mismos. Fernando habia vivido mucho tiempo entre ellos y procurado acomodarse á sus costumbres. Su hijo Maximiliano habia nacido en el país, adornábanle excelentes prendas, amábanle los naturales, y era ya rey de Bohemia ⁽¹⁾. Por tanto, á pesar de los recursos que con habilidad y destreza empleó el emperador en favor de su hijo, para que al menos se le nombrase coadjutor del imperio y sucesor de su tío, á todo halló resistencia, y tuvo que desistir, no obstante su firmeza y constancia para llevar adelante un pro-

(1) En Valladolid, hallándose de regente y gobernador de España, recibió la nueva (1549) de que los bohemios, faltando voluntariamente á su privilegio y costumbre de elegir soberano, le habian jurado por rey y declarado

el trono hereditario en su familia: con cuyo motivo habia pasado otra vez de España á Alemania, y su presencia en la dieta fué un nuevo obstáculo á los designios del emperador.

pósito. Lo que hizo fué despertar los recelos de los alemanes, y hacer á Fernando mas cauto y vigilante para procurar irse captando la voluntad de los electores.

Frustrado este designio y terminada la dieta, tuvo por conveniente que el príncipe su hijo volviese á España, donde tambien tenia que venir Maximiliano, rey de Bohemia, para llevarse á su reino la princesa doña María su esposa ⁽¹⁾. Nombró otra vez á Felipe regente y gobernador de los reinos de Castilla y Aragon; y esta vez quiso que viniese revestido con amplísimos poderes, que le otorgó en la misma ciudad de Augsburgo (23 de junio, 1551), para la administracion y gobernacion de ellos, con facultad de hacer todo lo que él mismo hacer pudiera si se hallase presente, hasta con poder especial para empeñar y vender rentas y derechos de la corona y patrimonio real, vasallos, jurisdicciones, villas y lugares de sus reinos y señoríos; mandando que le reverencien, respeten y obedezcan como á su propia persona, y como si fuese rey absoluto, dando á este poder la misma fuerza que si hubiese sido otorgado en córtes generales ⁽²⁾.

Provisto de tan amplísimos poderes, partió Felipe de Augsburgo y viniendo á Mantua, Milan y Génova, desembarcó felizmente en Barcelona (12 de julio,

(1) Esta señora habia dado á luz en Cigales, pueblo de Castilla la Vieja, á la infanta doña Ana (1549), que despues fué reina de

España y madre de Felipe III. (2) Cabrera, Hist. de Felipe II. lib. I. cap. III.—Sandoval, lib. XXXI.

1554). Su primer cuidado fué hacerse reconocer en Navarra, donde no lo habia sido todavía, y los navarros le juraron sin dificultad en Tudela por su príncipe y señor natural. Tras él habia venido Maximiliano, rey de Bohemia, el cual no hizo sino recoger á doña María, hermana de Felipe, su esposa, y llevarla consigo á su reino ⁽¹⁾.

En este mismo año se realizó tambien el deseo que el emperador habia manifestado de casar su segunda hija doña Juana con el príncipe don Juan de Portugal. Esta princesa, á quien veremos despues rigiendo la Castilla, fué solemnemente recibida en aquel reino por el duque de Abeyro y el obispo de Coimbra.

Los acontecimientos de que habia sido teatro la Europa y que retenian en Flandes y en Alemania á Carlos V., principal protagonista y alma de todas aquellas escenas durante la infancia y juventud de su hijo Felipe, los dejamos referidos en los capítulos anteriores, y no hay sino cotejar las fechas para ver lo que en cada período de su edad acontecia en el mundo. En el capítulo siguiente consideraremos ya al príncipe Felipe rigiendo con plenos poderes la España, hasta que por abdicacion de su padre le sucedió como rey en todos sus estados hereditarios.

(1) Para poder hacer este viaje la reina de Bohemia doña María hija del emperador, tuvo que pedir prestados al arzobispo de Zaragoza don Fernando de Aragon

cinco mil ducados, que él le facilitó con mucha complacencia y sin premio ó interés alguno.—Panzano. Anal. de Aragon, lib. III. capítulo IX.

CAPITULO XXXII.

FELIPE REGENTE DE ESPAÑA.

FELIPE II. REY.

De 1554 á 1557.

Córtes de Aragon.—Servicio que votaron.—Apuros de numerario en que se veia siempre Carlos V.—Segundo casamiento de Felipe con María de Inglaterra.—Capítulos matrimoniales.—Disgusto y oposicion del pueblo inglés, y sus causas.—Disturbios y rebeliones: su término: parte que tuvo en ellas la Francia.—Viage de Felipe á Inglaterra.—Su recibimiento.—Sus bodas.—Felipe rey de Nápoles y de Inglaterra.—Politica de Felipe con los ingleses.—Muerte de doña Juana (la Loca), madre de Carlos V.—Resuelve el emperador retirarse á España.—Llama á su hijo Felipe para renunciar en él los estados de Flandes.—Ceremonia solemne de la abdicacion en Bruselas.—Discursos notables.—Reconocimiento y jura de Felipe.—Renuncia Carlos en su hijo los reinos de España.—Proclamacion de Felipe II. en Valladolid.—Odio del papa Paulo IV. á Felipe II.—Intenta despojarle del reino de Nápoles.—Guerra que le mueve.—Templada conducta de Felipe con el papa.—Durísima y muy notable carta del duque de Alba, virey de Nápoles, al pontífice.—Obstinacion de Paulo.—Entra el duque de Alba con ejército en los Estados pontificios.—Amenazan los españoles á Roma.—Consternacion de la ciudad.—Tregua entre Felipe II. y el papa.—Renuncia Carlos V. el gobierno y administracion del imperio en su hermano Fernando.—Determina encerrarse en el monasterio de Yuste.—Si-